



Introducción a la semana

Esta semana la Palabra de Dios nos presenta la historia de Abrahán en la primera lectura. Es un relato de la acción peculiar de Dios en Abrahán y de la fidelidad del gran patriarca a los planes que Yahvé le marca. Continúan las lecturas evangélicas ofreciendo el sermón del Monte de san Mateo. Son textos fáciles de entender. A la vez se refieren a la práctica de cada día. A la luz de ellos hemos de examinar nuestra conducta. La gente que lo escuchaba entendió a Jesús y pudo comentar con admiración que era enseñanza cargada de autoridad. La de su persona que se refleja en la predicación. El evangelio del sábado nos presenta a Jesús, que ha bajado del monte, entra en Cafarnaúm y se encuentra con el Centurión. Éste se dirige a él con la frase que repetimos a lo largo de la historia: “no soy digno de que entres bajo mi techo”.... antes de comulgar.

Lun

22

Jun

2015

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Sal de tu tierra hacia la tierra que te mostraré ”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 12,1-9

En aquellos días, el Señor dijo a Abrán: «Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y será una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo.»

Abrán marchó, como le había dicho el Señor, y con él marchó Lot. Abrán tenía setenta y cinco años cuando salió de Harán. Abrán llevó consigo a Saray, su mujer, a Lot, su sobrino, todo lo que había adquirido y todos los esclavos que había ganado en Harán. Salieron en dirección de Canaán y llegaron a la tierra de Canaán. Abrán atravesó el país hasta la región de Siquén, hasta la encina de Moré. En aquel tiempo habitaban allí los cananeos.

El Señor se apareció a Abrán y le dijo: «A tu descendencia le daré esta tierra.»

Él construyó allí un altar en honor del Señor, que se le había aparecido. Desde allí continuó hacia las montañas al este de Betel, y plantó allí su tienda, con Betel a poniente y Ay a levante; construyó allí un altar al Señor e invocó el nombre del Señor. Abrán se trasladó por etapas al Negueb.

Salmo

Sal 32,12-13.18-19.20.22 R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.
El Señor mira desde el cielo,
se fija en todos los hombres. R/.

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. R/.

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo.
Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7,1-5

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No juzguéis y no os juzgarán; porque os van a juzgar como juzguéis vosotros, y la medida que uséis, la usarán con vosotros. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Déjame que te saque la mota del ojo”, teniendo una viga en el tuyo? Hipócrita; sácate primero la viga del ojo; entonces verás claro y podrás sacar la mota del ojo de tu hermano.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Sal de tu tierra hacia la tierra que te mostraré”

Desde el principio, la historia de Dios con los hombres fue una historia de amor, una historia de acercamiento de Dios a los hombres para que los hombres le respondan con la misma moneda de acercamiento amoroso. En esta historia de amor y no de condenación, hay varias etapas. El primer capítulo es la creación del hombre, de Adán y Eva, el paraíso, la desobediencia, la marcha del paraíso... Etapa importante fue la protagonizada por Abrán. El Señor le pide que salga de su tierra hacia la tierra que le mostrará: “Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre y será una bendición”. Abrán hizo caso al Señor y se puso en camino hacia la tierra prometida. El siguiente eslabón es la alianza de amor de Yahvé con el pueblo judío: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”. En la tercera y definitiva etapa, el Señor va a ensanchar su pacto de amor, que lo extiende a toda la humanidad. Es la nueva alianza sellada por Cristo Jesús. Aquí, la historia de amor de Dios con nosotros llega a su culmen, nos regala su vida divina y podemos llamarle con toda verdad “Padre nuestro”, porque realmente somos sus hijos... y la tierra prometida será el Reino de Dios, donde vamos a poder gozar de la plenitud de la felicidad porque todos los enemigos de Dios serán aniquilados para siempre.

¿Por qué te fijas en la mota de tu hermano y no en tu viga?

¡Cómo nos conoce Jesús! Todas sus parábolas apuntan certeramente a situaciones, a actitudes que los hombres vivimos. ¡Cuántas veces tenemos un ojo que ve con una precisión asombrosa los defectos de los demás y ese mismo ojo es incapaz de ver nuestros defectos! Es lo que nos dice hoy Jesús con la mota ajena y la viga propia. Claro que podemos corregir a nuestros hermanos buscando su bien, pero antes hemos de mirar nuestra propia persona. Una vez limpia nuestra casa podemos ayudar al hermano a limpiar la suya. Esta parábola es una buena ocasión para pedirle al Señor que nos dé ojos claros de los que usen la misma luz para nosotros y para los demás. Sabiendo que Dios nuestro Padre es capaz de perdonarnos hasta setenta veces siete para que nosotros hagamos otro tanto con nosotros mismos y con nuestros hermanos.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mar

23

Jun

2015

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“No haya disputas entre nosotros pues somos hermanos”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 13, 2.5-18:

Abrán era muy rico en ganado, plata y oro. También Lot, que acompañaba a Abrán, poseía ovejas, vacas y tiendas; de modo que ya no podían vivir juntos en el país, porque sus posesiones eran inmensas y ya no cabían juntos. Por ello surgieron disputas entre los pastores de Abrán y los de Lot. En aquel tiempo cananeos y fereceos ocupaban el país.

Abrán dijo a Lot: «No haya disputas entre nosotros dos, ni entre nuestros pastores, pues somos hermanos. Tienes delante todo el país, sepárate de mí; si vas a la izquierda, yo iré a la derecha; si vas a la derecha, yo iré a la izquierda.»

Lot echó una mirada y vio que toda la vega del Jordán, hasta la entrada de Zear, era de regadío (esto era antes de que el Señor destruyera a Sodoma y Gomorra); parecía un jardín del Señor, o como Egipto. Lot se escogió la vega del Jordán y marchó hacia levante; y así se separaron los dos hermanos. Abrán habitó en Canaán; Lot en las ciudades de la vega, plantando las tiendas hasta Sodoma. Los habitantes de Sodoma eran malvados y pecaban gravemente contra el Señor.

El Señor habló a Abrán, después que Lot se había separado de él: «Desde tu puesto, dirige la mirada hacia el norte, mediodía, levante y poniente. Toda la tierra que abarques te la daré a ti y a tus descendientes para siempre. Haré a tus descendientes como el polvo; el que pueda contar el polvo podrá contar a tus descendientes. Anda, pasea el país a lo largo y a lo ancho, pues te lo voy a dar.»

Abrán alzó la tienda y fue a establecerse junto a la encina de Mambré, en Hebrón, donde construyó un altar en honor del Señor.

Salmo

Sal 14,2-3a.3bc-4ab.5 R/. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?

El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua. R/.

El que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,

el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor. R/.

El que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7,6.12-14

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No deis lo santo a los perros, ni les echéis vuestras perlas a los cerdos; las pisotearán y luego se volverán para destrozaros. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la Ley y los profetas. Entrad por la puerta estrecha. Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos.»

Reflexión del Evangelio de hoy

No haya disputas entre nosotros pues somos hermanos

La lógica de la gracia nos dice que la bendición de Dios alcanza a quienes se asocian al destinatario de la bendición; algo así sugiere la bonanza económica que disfrutó Lot, al asociarse con Abrahán. La prosperidad de los clanes (paradoja de la bendición) genera un conflicto entre ellos a buen seguro por la no fácil convivencia en una tierra no sobrada de pastos para el ganado. Abrahán actúa con inteligencia y ejemplaridad, derivando su privilegio de elección por ser el más anciano a Lot. Y éste opta por lo que ve: la feracidad de unas tierras que oculta a sus ojos la tentación allí asentada, pues la gente de Sodoma, sus vecinos, vivían ignorando a Dios. Al alejarse del bendito por excelencia, Abrahán, se aleja Lot de la bendición divina y se expone a la desventura. Abrahán, por su parte, llega al fin a su destino y recibe el premio de la renovación de la promesa: una tierra para transitarla y tomar posesión de ella; para poblarla, humanizarla y ser el marco geográfico del pueblo elegido. Lo sagrado y singular del momento se subraya con la consagración del santuario de Mambré, donde el patriarca honra a Dios que lo sacó de Caldea y lo ha guiado hasta Hebrón. Dios ha cumplido su promesa.

Angosto es el camino que lleva a la vida

La palabra del evangelio refuerza la actitud del discípulo que elige honrar a Dios y pone su vida en total dependencia de él; la confianza en Dios es la mejor vivencia para dibujar la cercanía del hombre con quien lo ama como el mejor Padre. Los evangelios no silencian la regla de oro del actuar cristiano y formulada aquí en positivo: no hacer distinciones entre el modo de tratar a los demás y el de tratarnos a nosotros mismos. ¿Qué esto, aunque evidente, no es lo social y culturalmente correcto? Puede, pero ya es hora que los cristianos nos enteremos que acoger la voz del Maestro, aquí y ahora, es nadar contra la corriente de nuestro entorno, apostar por resistir al desaliento, incurrir las más de las veces en comportamientos no siempre homologados por los dirigentes religiosos del momento. Y si se trata de reclamar la insustituible presencia del evangelio en nuestros gestos religiosos y en la Iglesia, la demanda puede parecer a algunos de Perogrullo, pero es del todo punto necesaria para no incurrir en autoengaños estériles; que no todo lo nuestro religioso alberga Buena Noticia ni siempre el andamiaje de nuestra iglesia acoge el proyecto del Reino.

¿Hacemos suficiente hincapié en que la felicidad a la que nos convoca el Evangelio no es la que nos ofrece nuestro mundo con todos sus recursos?

Seguir a Jesús de Nazaret no es sinónimo de vivir triste y secamente, pero implica optar ¿nos preocupa la coherencia de nuestra opción?



Fr. Jesús Duque O.P.
Convento de Santo Domingo de Scala-Coeli (Córdoba)

Mié
24
Jun
2015

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Natividad de San Juan Bautista (24 de Junio)

“Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso ”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 49, 1-6

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos:

Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó; en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo: «Tú eres mi siervo, de quien estoy

orgullosa.» Mientras yo pensaba: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas», en realidad mi derecho lo llevaba el Señor, mi salario lo tenía mi Dios. Y ahora habla el Señor, que desde el vientre me formó siervo suyo, para que le trajese a Jacob, para que le reuniese a Israel -tanto me honró el Señor, y mi Dios fue mi fuerza-: «Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra.»

Salmo

Sal 138, 1-3. 13-14. 15 R. Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente.

Señor, tú me sondeas
y me conoces; me conoces
cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares. R.
Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente,
porque son admirables tus obras;
conocías hasta el fondo de mi alma. R.
No desconocías mis huesos,
cuando, en lo oculto, me iba formando,
y entretejiendo en lo profundo de la tierra. R.

Segunda lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 13, 22-26

En aquellos días, dijo Pablo:

-«Dios nombró rey a David, de quien hizo esta alabanza: "Encontré a David, hijo de Jesé, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá todos mis preceptos." Según lo prometido, Dios sacó de su descendencia un salvador para Israel: Jesús. Antes de que llegara, Juan predicó a todo Israel un bautismo de conversión; y, cuando estaba para acabar su vida, decía: "Yo no soy quien pensáis; viene uno detrás de mí a quien no merezco desatarle las sandalias." Hermanos, descendientes de Abrahán y todos los que teméis a Dios: A vosotros se os ha enviado este mensaje de salvación.»

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 57-66. 80

A Isabel se le cumplió el tiempo del parto y dio a luz un hijo. Se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia, y la felicitaban.

A los ocho días fueron a circuncidar al niño, y lo llamaban Zacarías, como a su padre. La madre intervino diciendo:

-«¡ No! Se va a llamar Juan. »

Le replicaron:

-«Ninguno de tus parientes se llama así.»

Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre.» Todos se quedaron extrañados.

Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua, y empezó a hablar bendiciendo a Dios.

Los vecinos quedaron sobrecogidos, y corrió la noticia por toda la montaña de Judea. Y todos los que lo oían reflexionaban diciendo:

-«¿Qué va a ser este niño?»

Porque la mano del Señor estaba con él.

El niño iba creciendo, y su carácter se afianzaba; vivió en el desierto hasta que se presentó a Israel.

Reflexión del Evangelio de hoy

Permítanme los lectores que, antes de nada, manifieste mi gran alegría por poder ser yo el que hoy comente las lecturas de la solemnidad de la natividad de San Juan Bautista. Él es mi patrón y su nombre llevo con orgullo. Pero, además, el día de hoy está para mí doblemente bendecido, pues también hoy se cree que pudiera nacer Santo Domingo de Guzmán, insigne Predicador de la Palabra de Dios y Padre espiritual de todos y todas los que hoy formamos la gran Familia de Predicadores: los Dominicos. Ahora bien, si por algo se caracterizaron estos dos grandes santos, no fue tanto por hablar de ellos mismos como de Jesús, cuyo Dulce Nombre llevo por segundo y a Él debo yo también mi palabra.

«Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra»

¿A quién habla la Palabra de Dios a través de Isaías? Atendiendo a las palabras del profeta, se está dirigiendo a un grupo de personas, no a un conjunto entero: «escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos». ¿Quiénes son estas «islas», estos «pueblos lejanos»? Son fieles al Señor que, por diversas circunstancias, necesitan ser animados en su fe. Una fe alejada, apartada, desanimada... Un grupo de fieles que necesita tomar conciencia de que todos, sin excepción, somos llamados por Dios por nuestro propio nombre desde que estamos en las entrañas maternas.

Esta llamada de Dios no es un mero pronunciamiento de nuestro nombre, sino que es el encargo explícito de una misión: ser luz de las

naciones, para que Su Salvación alcance hasta el confín de la tierra. Una misión a la que ninguno de nosotros podríamos responder fielmente si no fuese porque Dios nos va moldeando desde la inocencia de nuestra infancia entregándonos dones, primero y, después, colaborando en el desarrollo de éstos desde nuestra libertad y voluntad.

«A vosotros se os ha enviado este mensaje de salvación»

Lo dicho anteriormente, no creamos que es sólo para las «islas» o los «pueblos lejanos». Pablo, en los Hechos de los Apóstoles, nos lo recuerda a todos: «a vosotros se os ha enviado este mensaje de salvación». ¿Cuál es ese mensaje de salvación? El mensaje de salvación viene como herencia desde el pueblo de Israel, pues ya Dios encontró en el rey David a uno que cumpliera sus preceptos. Sin embargo, era necesario no uno que cumpliera bien sus preceptos, sino que era necesario uno que fuera en sí mismo salvador y salvación. Por tanto, ¿QUIÉN es ese mensaje de salvación? Ese mensaje de salvación no es otro que el que anunciaron los profetas, voceó a los cuatro vientos San Juan Bautista, proclamaron los Apóstoles y Santo Domingo de Guzmán y sus hijos predicaron: Jesús, el Cristo, la Palabra de Dios Encarnada y Resucitada. Dios sabía de qué pasta estaba hecho el ser humano pues además de ser creaturas de Él, nos sondea, nos conoce, penetra en nuestros pensamientos...; luego, sabía y sabe que necesitamos de Jesús para recibir su salvación y al Espíritu Santo para transmitirla al mundo entero.

«Juan es su nombre»

Por último, del evangelio de San Lucas me quería centrar en dos detalles: la misericordia de Dios y el don de palabra.

Previo al relato de hoy, sabemos que Isabel, la prima de María, la Madre de Dios, era una mujer anciana y, por tanto, imposible para dar frutos de su vientre. Sin embargo, Dios, en su gran misericordia, le dio a ella y a Zacarías la gran felicidad de poder tener descendencia. Esta misericordia tenida por Dios es un gesto de amor y bendición y le transforma radicalmente la vida a uno, cuando es recibida sin reservas; te transforma hasta tal punto de que uno también se convierte en dador de esa misericordia. Por ello, tengamos en nuestro horizonte, que esta misericordia no queda limitada al anciano matrimonio, sino que se proclamará por sus vecinos y parientes y, sobre todo, en y por su propio hijo, Juan, quien se convertirá en la Voz de la Palabra, Jesús. La misericordia de Dios se proclama en nuestra vida.

Bien es cierto que cuando uno recibe tanta dicha no puede creerlo y le entran dudas. Nuestra boca calla no sólo la alegría, sino también la bendición. El miedo, la incertidumbre, hasta la desconfianza hacen que nuestra lengua se paralice y nuestra garganta enmudezca. Zacarías experimentaría algo parecido y tuvo que esperar nueve meses hasta poder pronunciar unas palabras. Tras el gran silencio, Zacarías pronunció: «Juan es su nombre». Al punto, ante la extrañeza del auditorio, a Zacarías «se le soltó la boca y la lengua y empezó a hablar bendiciendo a Dios». Esto es lo que provocó sobrecogimiento en quien lo escuchaban y se preguntaban «¿qué va a ser este niño?» ¡La mano del Señor está con él! Este niño, Juan, el Bautista, fue la Voz que anunciaba a la Palabra, quien iba por delante del Hijo de Dios preparándole los caminos y anunciando un bautismo de conversión. Esto nos demuestra que quien con Dios habla no puede hacer otra cosa que hablar de Dios.

- *¿Soy yo una «isla» o un «pueblo alejado»?*
- *¿Soy capaz de identificar mi misión de «ser luz de las naciones» en mi vida? ¿Cómo formar parte activa de esa misión encomendada?*
- *¿Cómo acojo y transmito la salvación de Dios: Jesús?*
- *¿En qué momentos de mi vida ha actuado o está actuando la misericordia de Dios? ¿Lo comunico con alegría a los demás?*



D. Juan Jesús Pérez Marcos O.P.
Fraternidad Laical Dulce Nombre de Jesús de Jaén

Natividad de San Juan Bautista

Natividad de San Juan Bautista

La fiesta del nacimiento de Juan el Bautista coincide, más o menos, con el solsticio de verano. Muchas tradiciones y muchos ritos anteriores al cristianismo parecen darse cita para celebrar en este día el gozo de la luz y la fuerza y exhuberancia de la vida. La fe cristiana ha sustituido esas celebraciones paganas con el recuerdo de aquel que anunciaba la Luz verdadera y ofrecería su vida en absoluta fidelidad al que es la Fuente de la Vida.

Anunciación a Zacarías

Juan nace de un matrimonio anciano, que sin duda había anhelado siempre el don imposible de un hijo. Ésa es su familia. La esposa, descendiente de Aarón, se llama Isabel y se dedica a sus labores del hogar. Isabel es estéril, como tantas mujeres que habían dado vida a los grandes héroes de Israel. Su esterilidad subraya, como antaño, la presencia poderosa de Dios que cambia el rumbo de la historia cuando quiere. Así que Isabel vive la alegría de una maternidad inesperada. Y el nacimiento de un niño que es causa de sorpresa para todos. [...]

El nacimiento del niño está rodeado por un halo de misterio. Su padre está un día en el templo, ejerciendo el servicio sacerdotal, tal como le correspondía por turno a su grupo. Entra en el santuario a ofrecer el incienso y se encuentra con el ángel del Señor. Entra a cumplir el rito y se encuentra con el mismísimo Dios de las promesas. El temor y el gozo se suceden en el breve diálogo inicial. El ángel del Señor anuncia el nacimiento de un hijo, al que el sacerdote habrá de poner el nombre de Juan.

El sorprendido sacerdote no puede creer lo que oye. Su edad y la de su esposa son un inconveniente aparentemente insuperable. El ángel le anuncia una mudez que es al mismo tiempo un signo de la veracidad de sus palabras, un castigo transitorio por la incredulidad de Zacarías y, sobre todo, una señal de que la promesa se habrá de cumplir a su tiempo (Lc. 1, 19-20). Y la promesa se cumple, en efecto. Pocos días después, los esposos se dan cuenta de que Isabel espera un hijo. Es más, esa nueva vida es también la señal para su pariente María, que en la distancia, recibe seis meses después el mensaje de su propia sorprendente maternidad.

María se pone en camino para visitar a su pariente Isabel. Recorre las montañas de Judea haciendo suyos los caminos por los que en otro tiempo había pasado el arca de la alianza del Señor. Al encuentro de aquellas dos madres, el hijo de Isabel salta de gozo en el seno de Isabel (Le 1, 44). Sin duda, el evangelista ha querido preanunciar la que ha de ser su misión. Él habrá de reconocer la presencia del Mesías que llega a su pueblo, trayendo la salvación, la paz y la alegría para todos.

El nacimiento del Profeta

Se cumplieron los tiempos y nació el niño anunciado por el ángel. El Evangelio subraya explícitamente que su nacimiento llena de alegría a sus padres y del temor de Dios a sus vecinos. Son las dos reacciones típicas ante la presencia del misterio en la vida de los hombres: el temblor y la fascinación.

Con motivo de la ceremonia de la circuncisión solía imponerse el nombre al recién nacido. En esta ocasión, surge una breve disputa sobre el nombre que se ha de imponer al niño. Las gentes pretenden que se llame Zacarías, como su padre. Pero éste parece haber tenido tiempo y silencio suficientes para meditar sobre los proyectos de Dios. Zacarías escribe en una tablilla: Juan es su nombre. Y en ese momento se desata su lengua dormida. [...]

La lengua de Zacarías no se desata para explicar su mudez, ni para manifestar su alegría y la fortuna alcanzada por su casa, sino para proclamar las maravillas de Dios. Para ello proclama una «berakhá», una de aquellas bendiciones a Dios que caracterizaban la oración de Israel. Y lleno del Espíritu Santo profetiza: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Nos ha suscitado una fuerza salvadora en la familia de David su siervo. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para preparar sus caminos, para anunciar a su pueblo la salvación, por medio del perdón de los pecados» (Lc 1, 68-69.76-77).

Juan irá delante del Señor. La contraposición evoca una cuestión importante que nos remite a unos años posteriores. El evangelista conoce sin duda la existencia de un grupo de discípulos de Juan, que encontramos varias veces en los escritos del Nuevo Testamento (Hch 18, 24-19, 7). En algún momento ha debido subsistir entre las primeras comunidades cristianas la duda sobre la legitimidad de las pretensiones mesiánicas de un maestro o el otro, de un profeta o el otro. El evangelista Lucas, ya desde este momento inicial, quiere dejar bien claras las diferencias. Juan no es el Mesías: es su precursor y mensajero. Nada más y nada menos. Así lo proclama su padre el día de la circuncisión.

De su infancia no se nos ofrece más que una pincelada más bien estereotipada, que, a la vez, resume los años de su crecimiento y nos asoma a la misión que habría de asumir: «El niño iba creciendo y se fortalecía en su interior. Y vivió en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel» (Lc 1, 80).

La Predicación en el desierto

El desierto no sería sólo su escenario. Era el ambiente de su vida y el signo mismo de su misión. Allí había aparecido de pronto nadie sabía cómo ni de dónde. Se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Eso decían las gentes. Y ese detalle ha sido transmitido por los textos evangélicos. Era una forma de aludir al género de vida que había elegido.[...]

Juan era un hombre piadoso, coherente y sincero. Y muchos acudieron a él. Tanto los Evangelios como Flavio Josefo subrayan que era visto con respeto por los judíos. Muchos estaban insatisfechos de la situación social, política y religiosa de su pueblo y aguardaban la manifestación de Dios y de su Mesías. Esperaban una liberación de la que sólo Dios podía tener la iniciativa.

La liberación no consistía ahora en escapar del lugar de la esclavitud. Significaba, más bien, abandonar un estilo de vida. Era una «conversión», Un cambio de actitudes: dar los frutos que pedía la conversión, la «teshuvá», o retorno a Dios, que habían predicado siempre los profetas. Y eso es lo que pedía Juan.

La conversión venía motivada por la escucha de la palabra del profeta, se celebraba con el rito que la significaba y se manifestaba en el cambio de vida que la ratificaba. El rito, es decir, el bautismo en el Jordán, significaba que Dios estaba dispuesto a elegir un pueblo nuevo precisamente allí donde el pueblo de Israel había entrado en la tierra prometida. Y el cambio de vida era la exigencia lógica de aquella elección divina. Por tres veces se nos repite la pregunta típica de la conversión, puesta en labios de los oyentes de Juan: «¿Qué tenemos que hacer?» (Lc 3, 10.12.14). Una pregunta que, más tarde, dirigirán a Jesús un maestro cívico la Ley (Le 10, 25) y un hombre importante (Le 18, 18), que parece identificarse con el joven rico. Una pregunta que se repetirá tres veces en los Hechos de los Apóstoles, obteniendo una respuesta en la que siempre se incluye el bautismo (Hch 2, 37; 16, 30; 22, 10). [...]

En el discurso de Juan se anticipan las exigencias de Jesús Y la respuesta de algunos seguidores paradigmáticos, como Zaqueo, que entregarán la mitad de sus bienes a los pobres (Le 19, 8). El discurso de Juan no trataba de cambiar el sistema. Al menos a corto plazo. Pero trataba de cambiar las conciencias. Seguramente este cambio habría de desembocar en el otro.

Juán y Jesús

Así pues, Juan no era el Mesías. Era su precursor y su siervo. Los rabinos decían que un discípulo ha de hacer por su maestro todo lo que un esclavo hace por su dueño, excepto quitarle el calzado. Sería rebajarse demasiado, Pero Juan ni siquiera se considera digno de desatar las sandalias del que viene detrás de él (Jn 1, 19-27). Él anuncia al que ha de venir. Al que no bautiza con agua, sino con viento: es decir, con el Espíritu. El que ha de venir trae en su mano el horcón para aventar en la era las mieses ya trilladas. Él ha de separar la paja del grano. Él realizará el juicio sobre lo aceptable y lo desechable. Él será el Señor y el Juez. [...]

Un día llegó Jesús hasta la ribera del Jordán, parecía uno más entre la multitud. Es como si tratase de pasar inadvertido entre la multitud. Pero Juan, el predicador exaltado y peligroso que denunciaba la corrupción, lo vio llegar a las orillas del río. Lo reconoció entre las gentes del pueblo que olían a ajo, como decían los fariseos. Y lo señaló a gritos para que todos se enteraran de que ya nada podría seguir siendo igual: «Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo., (Jn 1, 29).

Aquella bajada al Jordán era todo un signo. Jesús se acercó al Jordán como se había acercado Josué, es decir, como el guía que conduce a su pueblo al país de la libertad. Jesús bajó al Jordán, como había bajado Elías, el defensor de la unicidad y el señorío de Dios en una época de crisis religiosa y de apostasía global. Jesús caminó hasta el Jordán, como había hecho Eliseo, al recibir el espíritu profético, para proclamar la verdad y practicar la misericordia. Jesús se sumergió en el Jordán, como se había sumergido Naamán, el leproso, para hacerse solidario de todos los dolores de la humanidad.

Juan lo reconoció como el «cordero de Dios» (Jn 1, 29). Era aquella una expresión que resultaba rica de contenido y de evocación. Jesús recordaba la aventura de un pueblo nómada y pastoril que había guiado sus corderos por las cañadas del desierto. Jesús evocaba el cordero de la Pascua, signo de la piedad de su pueblo y del sacrificio que sellaba la alianza con su Dios. Él era la imagen más nítida de la liberación y de la fiesta. Jesús era sin duda el cordero llevado al matadero, como repetía el cuarto «Cántico del Siervo de Yahvé. Él era el que se ofrecía por la salvación de los suyos y aun de todo el mundo.

Pero Juan dijo todavía algo más. Aquel hombre, cordero y servidor, venía a quitar el pecado del mundo. Ése era el sueño y el ideal de todos los grandes profetas de antaño. El reino de Dios habría de ser un reino de santidad.

Un momento antes del bautismo de Jesús, el Evangelio de San Mateo transcribe un breve diálogo entre los dos. Juan parece resistirse: él es quien debía de ser bautizado por Jesús. Pero éste le dice, con una frase un tanto misteriosa, que ambos han de cumplir «toda justicia» (cf. Mt 3, 13-15). Tanto Juan como Jesús hacen suya la voluntad de Dios. Por ellos pasa la historia de la salvación.

El mártir

Juan era tan sólo una voz. Pero una voz que inquietaba y despertaba a los espíritus dormidos. Una voz profética que anunciaba y denunciaba.

Un profeta como Juan no podía morir en una tranquila ancianidad. Pronto habría de ser encarcelado por orden de Herodes. Pero ese episodio martirial lo celebramos en otro día de fiesta, que la Iglesia ha señalado para el 29 de agosto.

José Román Flecha Andrés

Jue

25

Jun

2015

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“¿De dónde vienes y a dónde vas?”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 16, 1-12. 15-16

En aquellos días, Saray maltrató a Hagar, y ella se escapó.

El ángel del Señor la encontró junto a la fuente del desierto, la fuente del camino de Sur, y le dijo: «Hagar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y adónde vas?»

Ella respondió: «Vengo huyendo de mi señora.»

El ángel del Señor le dijo: «Vuelve a tu señora y sométete a ella.»

Y el ángel del Señor añadió: «Haré tan numerosa tu descendencia que no se podrá contar.»

Y el ángel del Señor concluyó: «Mira, estás encinta y darás a luz un hijo y lo llamarás Ismael, porque el Señor te ha escuchado en la aflicción. Será un potro salvaje: él contra todos y todos contra él; vivirá separado de sus hermanos.»

Hagar dio un hijo a Abrán, y Abrán llamó Ismael al hijo que le había dado Hagar. Abrán tenía ochenta y seis años cuando Hagar dio a luz a Ismael.

Salmo

Sal 105,1-2.3-4a.4b-5 R/. Dad gracias al Señor porque es bueno

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

¿Quién podrá contar las hazañas de Dios,
pregonar toda su alabanza? R/.

Dichosos los que respetan el derecho
y practican siempre la justicia.
Acuérdate de mí por amor a tu pueblo. R/.

Visítame con tu salvación:
para que vea la dicha de tus escogidos,
y me alegre con la alegría de tu pueblo,
y me gloríe con tu heredad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7,21-29

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Aquel día muchos dirán: “Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?” Yo entonces les declararé: “Nunca os he conocido. Alejaos de mí, malvados.” El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente.»

Al terminar Jesús este discurso, la gente estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, y no como los escribas.

Reflexión del Evangelio de hoy

¿De dónde vienes y a dónde vas?

Comencemos por hacer una advertencia en relación a la primera lectura de hoy. Es larga, y la liturgia permite acortarla. Si escuchamos en la eucaristía la versión corta es probable que quedemos perplejos y sin saber qué puede comunicarnos esa Palabra. Por ello, es importante que realicemos la lectura completa para captar el sentido de lo que acontece.

Abrán y Saray no tienen hijos. La ley, en el pueblo de Israel, contempla que el marido pueda recibir una esclava de su esposa como concubina para darle descendencia. Y Saray propone a Abrán que le dé hijos a través de su esclava Hagar. Abrán acepta la propuesta.

Todo parece evidente y sencillo. Pero el cumplimiento de esa ley transforma de manera significativa la situación y las relaciones de cada uno de los personajes afectados. Saray se siente despreciada por Hagar, que al saberse embarazada le perdió el respeto a su señora. El texto no nos dice nada de la postura de Abrán, pero no sería difícil pensar que al esperar un hijo de la esclava la tratara de un modo diferente a como lo había hecho hasta entonces...

La solución de un problema, en perfecto acuerdo con la ley, crea otros problemas inesperados que los protagonistas no van a saber afrontar. Abrán se desentiende, Saray maltrata a Hagar, y Hagar huye. Se va a necesitar la intervención del “ángel del Señor” para reconducir la situación.

Sin duda, en una “historia” tan clara como la que hoy escuchamos, comprendemos con facilidad las dificultades que se presentan a sus protagonistas, su desconcierto, su no saber qué hacer.

Quizá pensamos menos que la vida cotidiana está poblada de situaciones en las que se reproduce la misma dinámica: queremos hacer las cosas bien y surgen de manera imprevista complicaciones que nos hacen sentirnos en la cuerda floja, dudar, desconcertarnos... de pronto no sabemos qué o cómo hacer. Y en estas ocasiones los problemas nos “duelen” más, porque el punto de partida era el deseo de hacer lo correcto, lo indicado, lo mejor...

Es la hora de dejar que el “ángel del Señor” nos visite, el momento de asumir que en medio de nuestras cegueras hay Alguien que está actuando, la ocasión de ejercitar la confianza y el abandono en Aquel en cuyas manos estamos. Es posible que no sepamos de dónde venimos y a dónde vamos, pero si podemos mantener la certeza de que el Dios de la promesa no nos abandona, ahondaremos nuestra capacidad para revertir las situaciones y descubrir que “el Señor estaba allí y yo no lo sabía”...

Como a Abrán, Saray y Hagar nos espera siempre algo que está más allá de nuestras expectativas.

No todo el que me dice “Señor” entrará en el Reino de los Cielos

En contraposición a la primera lectura el evangelio es tan sumamente claro que no precisa de comentarios. Sin duda estamos de acuerdo con el planteamiento de Jesús. Y también sin duda, no nos resulta fácil convertirlo en nuestro modo habitual de situarnos en la vida.

Sólo hay un modo de poseer la solidez personal necesaria para que nuestra “casa” no se derrumbe cuando la tempestad arrecie: escuchar y poner en práctica el mensaje recibido de Jesús en sus palabras y su vida.

Invitación a la interiorización y a la huida de la superficialidad. Impresiona que Jesús considere como desconocidos a aquellos que no sólo le han llamado “Señor”, sino que han actuado en su nombre y tal vez cosechado “éxitos” profetizando, expulsando demonios o haciendo milagros...



Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

Vie

26

Jun

2015

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Camina en mi presencia con rectitud”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 17,1.9-10.15-22

Cuando Abrán tenía noventa y nueve años, se le apareció el Señor y le dijo: «Yo soy el Dios Saday. Camina en mi presencia con lealtad.» Dios añadió a Abrahán: «Tú guarda mi pacto, que hago contigo y tus descendientes por generaciones. Éste es el pacto que hago con vosotros y con tus descendientes y que habéis de guardar: circuncidad a todos vuestros varones.»

Dios dijo a Abrahán: «Saray, tu mujer, ya no se llamará Saray, sino Sara. La bendeciré, y te dará un hijo, y lo bendeciré; de ella nacerán pueblos y reyes de naciones.»

Abrahán cayó rostro en tierra y se dijo sonriendo: «¿Un centenario va a tener un hijo, y Sara va a dar a luz a los noventa?»

Y Abrahán dijo a Dios: «Me contento con que te guardes vivo a Ismael.» Dios replicó: «No; es Sara quien te va a dar un hijo, a quien llamarás Isaac; con él estableceré mi pacto y con sus descendientes, un pacto perpetuo. En cuanto a Ismael, escucho tu petición: lo bendeciré, lo haré fecundo, lo haré multiplicarse sin medida, engendrará doce príncipes y hará de él un pueblo numeroso. Pero mi pacto lo establezco con Isaac, el hijo que te dará Sara el año que viene por estas fechas.» Cuando Dios terminó de hablar con Abrahán, se retiró.

Salmo

Sal 127,1-2.3.4-5 R/. Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien. R/.

Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa. R/.

Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8,1-4

En aquel tiempo, al bajar Jesús del monte, lo siguió mucha gente.

En esto, se le acercó un leproso, se arrodilló y le dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme.» Extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Quiero, queda limpio.» Y en seguida quedó limpio de la lepra.

Jesús le dijo: «No se lo digas a nadie, pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y entrega la ofrenda que mandó Moisés.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Camina en mi presencia con rectitud”

Abraham es el padre de los creyentes porque: “esperando contra toda esperanza, creyó según se le había dicho”. Que Abraham sea nuestro padre no sólo hace referencia a que somos sus descendientes en el sentido espiritual de la fe, sino que es para nosotros un modelo de cómo tenemos que vivir nuestra relación con Dios. De él debemos aprender su fe en Dios: él sabe oír su voz y seguir sus caminos, a pesar de que no vea, de inmediato, las realidades que se le prometen.

La historia de Abraham es una muestra más de cómo los planes de Dios siguen adelante, aunque humanamente parezcan irrealizables. A Dios no le podemos controlar, no podemos predecir su actuación. Cuando todo parece perdido, Él suscita personas y movimientos que hacen avanzar sus proyectos de salvación. La fe en la fuerza de Dios hará que prosperen nuestros mejores planes, y no la alianza con fuerzas humanas, que sólo nos conducen al fracaso.

Para Abraham no fue fácil, tuvo que hacer su proceso interior para confiar plenamente en la promesa paradójica que Dios le hacía: ser padre de una gran descendencia cuando él ya es anciano y su mujer estéril. La lectura de hoy nos deja entrever la lucha entre la fe y la incredulidad que vivió, leemos en el texto que Abraham se postró rostro en tierra y se rió en su interior. También en esto es un ejemplo para nosotros, para que no nos desanimemos cuando nuestra fe no es tan pura como nos gustaría, y dentro de nosotros se desate un combate. Abraham, como dirá después San Pablo, ha combatido el combate de la fe y ha merecido el premio. El secreto para ganar está en lo que Dios le pide antes de hacerle la promesa: “camina en mi presencia con rectitud”, que es como si dijera sé mío. Porque la fe es un don pero hay que cuidarlo para no perderlo.

“Señor, si quieres, puedes limpiarme”

El capítulo 8 de San Mateo narra algunos de los milagros de Jesús, porque el Evangelio debe ser proclamado con palabras y con obras. La multitud que ha escuchado la predicación es ahora testigo de los milagros.

El primer milagro es la curación del leproso. En este breve relato llaman la atención tres cosas:

1. La fe del leproso en el poder de Jesús. “Si quieres, puedes, limpiarme”, lo dice con tanta seguridad que mueve a Jesús a curarlo de inmediato. En otra ocasión dirá: “tú fe te ha curado”.
2. La manera cómo Jesús lo cura, “extendió la mano y lo tocó”. Podía haberlo curado sólo con su palabra, pero no, ha querido tocarlo, tocar a un impuro es algo prohibido por la ley. Con este gesto, Jesús descalifica toda ley que deshumanice a las personas. Lo que resulta en el fondo de todo es el anhelo de Jesús por demostrar que es posible liberarse de la ley injusta que margina a los más débiles.
3. Jesús huye del populismo, no quiere que sepa lo que ha hecho, por eso le manda guardar silencio, sin embargo para que la curación sea completa y este hombre recobre su dignidad de persona y se pueda integrar en la sociedad, lo manda al sacerdote para que conste su purificación.

Que el Señor nos conceda esa fe firme del leproso, que nos creamos de verdad que Él tiene poder para sanarnos de todas nuestras debilidades.



MM. Dominicas
Monasterio de Sta. Ana (Murcia)

Sáb

27
Jun

2015

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Señor ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo?”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 18,1-15

En aquellos días, el Señor se apareció a Abrahán junto a la encina de Mambré, mientras él estaba sentado a la puerta de la tienda, porque hacía calor. Alzó la vista y vio a tres hombres en pie frente a él.

Al verlos, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda y se prosternó en tierra, diciendo: «Señor, si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu siervo. Haré que traigan agua para que os lavéis los pies y descanséis junto al árbol. Mientras, traeré un pedazo de pan para que cobréis fuerzas antes de seguir, ya que habéis pasado junto a vuestro siervo.»

Contestaron: «Bien, haz lo que dices.»

Abrahán entró corriendo en la tienda donde estaba Sara y le dijo: «Aprisa, tres cuartillos de flor de harina, amásalos y haz una hogaza.»

Él corrió a la vacada, escogió un ternero hermoso y se lo dio a un criado para que lo guisase en seguida. Tomó también cuajada, leche, el ternero guisado y se lo sirvió. Mientras él estaba en pie bajo el árbol, ellos comieron.

Después le dijeron: «¿Dónde está Sara, tu mujer?»

Contestó: «Aquí, en la tienda.»

Añadió uno: «Cuando vuelva a ti, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo.»

Sara lo oyó, detrás de la entrada de la tienda. Abrahán y Sara eran ancianos, de edad muy avanzada, y Sara ya no tenía sus periodos.

Sara se rió por lo bajo, pensando: «Cuando ya estoy seca, ¿voy a tener placer, con un marido tan viejo?»

Pero el Señor dijo a Abrahán: «¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: “Cómo que voy a tener un hijo, a mis años.” ¿Hay algo difícil para Dios? Cuando vuelva a visitarte por esta época, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo.»

Pero Sara, que estaba asustada, lo negó: «No me he reído.»

Él replicó: «No lo niegues, te has reído.»

Salmo

Sal 1,46-47.48-49.50.53.54-55 R/. El Señor se acuerda de la misericordia

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador. R/.

Porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo. R/.

Y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
A los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos. R/.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8,5-17

En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó rogándole: «Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico y sufre mucho.»

Jesús le contestó: «Voy yo a curarlo.»

Pero el centurión le replicó: «Señor, no soy quién para que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le dijo a uno: “Ve” y va; al otro: “Ven”, y viene; a mi criado: “Haz esto”, y lo hace.»

Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: «Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; en cambio, a los ciudadanos del reino los echarán fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.»

Y al centurión le dijo: «Vuelve a casa, que se cumpla lo que has creído.»

Y en aquel momento se puso bueno el criado. Al llegar Jesús a casa de Pedro, encontró a la suegra en cama con fiebre; la cogió de la mano, y se le pasó la fiebre; se levantó y se puso a servirles. Al anochecer, le llevaron muchos endemoniados; él, con su palabra, expulsó los espíritus y curó a todos los enfermos. Así se cumplió lo que dijo el profeta Isaías: «Él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Una de las escenas más entrañables que encontramos en el AT es la acogida. En nuestro caso, la de Abrahán, junto a la encina de Mambré, que acoge y pide ser acogido. Quizá no haya nada tan bello como acoger a Dios y sentirse acogidos por él, como lo vivió y practicó San Cirilo. No sé cómo será el cielo, pero, hablando humanamente, algo de esto ha de tener.

Como si Jesús hubiera planificado minuciosamente su trabajo pastoral, después de curar a un leproso judío, hoy el milagro va a recaer sobre un centurión romano, un pagano, perteneciente al ejército de ocupación, por más señas. Nada ni nadie es ajeno para Jesús. En él caben judíos, romanos, gentiles, hasta nosotros mismos.

Un centurión que estimaba mucho a su criado

Me llama mucho la atención que Jesús haya ido en busca de un extranjero para mostrarnos un modelo de caridad y de oración, para lo que se necesita mucha fe. A diferencia del leproso que pide a gritos ser curado, el centurión no pide nada para sí sino para su criado. Pero, ambos piden porque creen, y Jesús atiende ambas peticiones con dos curaciones. Es evidente que orar no es la única manera de cumplir la voluntad de Dios y santificarnos, pero la oración de petición es algo pedido por Jesús, particularmente en el Padrenuestro y en el “pedid y se os dará” (Lc 11,9). Bien entendido que lo más importante no es recibir lo que pedimos, sino recibir a Dios. Me gusta la frase de un gran predicador: “No hace falta materializar el ‘tocar el corazón de Dios’. Dejemos, más bien, que Dios toque nuestro corazón”. En el fondo, como si pidiéramos, más que ser escuchados, escuchar nosotros; más que encontrar aquello que creemos necesitar, encontrar al mismo Dios; y, en el encuentro, propiciar que nos “explique las Escrituras” hasta que, de verdad, lo reconozcamos.

“Señor, yo no soy quién para que entres bajo mi techo”

Encuentro sobresaliente la preocupación del centurión, no por sí mismo, ni por su familia, ni por el Emperador, sino por un siervo. Se necesita una sensibilidad muy especial para, espontáneamente, manifestar tal perfección. Y, por ese siervo, hace un viaje, busca a Jesús, y, creyendo, no sabemos hasta dónde ni cómo ni cuándo había conocido a Jesús, le pide con valentía y delicadeza su curación. El señor deja de serlo y se hace siervo. Otro “milagro” del amor, capaz de provocar que sirvamos y nos preocupemos por aquellos que, de la forma que sea, dependen de nosotros.

De tal forma cree en Jesús que no se considera digno de que entre en su casa, detalle que, por otra parte, no cree que Jesús necesite para curar a su siervo. Y no lo dice de cara a la galería, sino convencido. Convencido de quién es él, aunque pertenezca a un pueblo poderoso y con cien soldados a su cargo, y de quién es Jesús, aunque “de Nazaret no pueda salir nada bueno”. ¡Qué lección tan fina y soberana para los que, consciente o inconscientemente, nos gusta ir por la vida sacando pecho, y, si no avasallando, exigiendo que se nos respete y coloque en el sitio que creemos nos corresponde!



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

El día **28 de Junio de 2015** no hay comentario en “el Evangelio del día”. Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).